cen estos; hablemos del Hijo, otra vez nos hablarás del Padre.» (1)

En la mayor parte de estos tratados se ve así á Platon girar alrededor de este misterio; pero nunca puede conseguir desembarazar de su ideología la nocion de la personalidad en Dios, ya sea como Hijo, ya como Padre. No desembaraza mejor la de su independencia. Deslízase siempre en la preexistencia de la materia, sobre la cual solo tiene Dios la accion de un artesano, y aun esto valiéndose de muchos dioses, que son sus operarios, y recae siempre de esta suerte en el Panteismo y el Politeismo.

No se ha preguntado menos por dónde pudo llegar Platon á estas aproximaciones del gran Misterio, que le han valido que se le llamara *Moisés atticisans*. Háse pensado generalmente y él mismo lo deja entrever, que solo podia haber sido por medio de las tradiciones hebráicas que hubiera traido Pitágoras de su viaje á Oriente (2). A menos, como se arriesga á pensar noblemente M. Víctor Leclerc, que se le hiciera alguna revelacion por ese *Verbo que habla al corazon de todos los hombres*.

Si la inmoralidad de ciertas concepciones de Platon no permite casi adherirse á esta conjetura, es preciso por lo menos reconocer que la impiedad y el orgullo no son obstáculo para ello. Por doquiera, á pesar de su genio, solo arriesga sus opiniones con el sentimiento de la debilidad humana. Bajo la invocacion de Dios, y con el admirable *desideratum* de una *Revelacion divina*, que venga á enseñarnos lo que debemos saber. No le haré, pues, yo responsable de la obstinacion de sus neo-discípulos contra el *divino Preceptor*, á quien invocaba, y no le llamaré con Tertuliano «el Patriarca de los herejes,» ni con M. Lachat «el Patrono de los Panteistas.»

(1) *República*.

(2) Toda la filosofía del mismo Pitágoras versa, como es sabido, sobre la misteriosa doctrina del *Ternario* ó de la *Triada*. «Creemos, decia, no haber invocado bien á los dioses, cuando no los hemos invocado *tres veces*.» Toda la antigüedad profana atribuia una propiedad misteriosa al número *tres*.

Como quiera que sea, es sumamente notable, y esta reflexion es de Daguesseau, que el misterio de la Trinidad, que se considera como el mas incomprensible de todos, y que la impiedad de nuestros dias remite á la credulidad de los cándidos, ha sido siempre la ambicion y el orgullo del espíritu humano; aquel á quien se haya aproximado mas la filosofía mas racional de la Antigüedad (1).

Así, cuando Juan, el pescador del lago de Genesaret, bautizado por el Verbo *Hijo del trueno* (2), y llamado por su gracia el Aguila de Patmos, desentrañando esta gran verdad de las elucubraciones filosóficas, la promulgó en lo alto de los aires con estas palabras: «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por él fueron hechas todas las cosas, y sin él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas, etc.,» un estremecimiento de entusiasmo atravesó todas las escuelas de Platon, que hubieran podido escribir estas palabras con letras de oro en el frontispicio de todos los templos (3). ¡Fué para ellos como el Eureka! «¡Lo encontré!» del entendimiento humano. Pero en lugar de reconocerse deudores de ello al mismo Verbo y de hacerse sus discípulos, apropiaron este descubrimiento á su orgullo, é hicieron de él la materia de mil heregías.

Pero lo que es maravilloso y solo puede ser divino, es que esta Doctrina tan sublime, tan inaccesible que jamás habia

(1) Daguesseau, *Cartas sobre diversos asuntos*, tomo XVI de sus obras.

(2) S. Márcos, III, 17.

(3) S. Agustin, *Ciudad de Dios*, lib. X, c. XXIX.

podido descubrir la filosofía, y que no ha podido guardar, promulgada por hombres incultos, haya llegado á ser por siempre la doctrina del mundo civilizado, adoptada, profesada y practicada por todos los espíritus, que beben en ella comunmente, como en una fuente pública, la pura nocion de Dios, único, simple, espiritual, inmutable, esencialmente distinto de la creacion que produjo con su palabra y en su amor; infinitamente bueno, porque es independiente, bastándose perfectamente á sí mismo por medio de la sociedad interior del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, donde encuentra plenamente su gloria y su felicidad, y viviendo por ello con una vida superior á la de todos los demás séres á quienes creó libremente y con los cuales puede unirse sin que se le confunda con ellos.

Doctrina augusta, que salva al mundo del politeismo y del panteismo á donde volveria á cada instante por los pasos de la heregía y de la filosofía, si la Iglesia no conservara altamente el misterio de la Trinidad, de donde esta pura nocion de Dios fulgura.

Esta doctrina es propiedad esclusiva del Cristianismo. Ella le distingue, como lo observaba desde el principio San Hilario, respecto del Judaismo y de la Filosofía: *Hoc Ecclesia intelligit, hoc Synagoga non credit, hoc Philosophia non sapit.* La Iglesia *sola*, decia ya con suma exactitud este gran Doctor, tiene su inteligencia. Ella sola, en efecto, marca decisiva de su divina institucion, no sólamente ha trasmitido al mundo el dogma fundamental de la Trinidad, sino que lo conserva. Sola, en medio de mil heregías, que la atacaban desde el principio y que no han cesado de atacarla hasta nuestros dias, ha conservado la integridad del gran Misterio; y haciendo esto, ha conservado lo que Tertuliano llamaba tambien con gran exactitud: la *Obra propia del Evangelio, la substancia del Nuevo Testamento, el Fondo de todo el Cristianismo* (1).

(1) El Protestantismo que se ha autorizado siempre con el Evangelio contra la Iglesia y que no ha cesado de oponer el Cristianismo al Catolicismo, se encuentra convicto de error en esta piedra de toque. Siempre se ha mostrado reservado sobre el dogma de la Trinidad. De ello hice la prueba un dia. Un protestante de los mas *ortodoxos* fué puesto en relacion conmigo por uno de sus correligionarios que era escéptico. Este quiso trabar discusion entre nosotros como para recrearse con nuestro desacuerdo en pró del libre pensamiento. En un principio me negué á ello. Pero viendo que interpretaban en beneficio suyo mi reserva, me decidí, y entonces se trabó entre el *ortodoxo* y entre mí el breve diálogo siguiente:

—Caballero, le dije, permítame usted que le pregunte desde luego si es usted *cristiano*; porque si no lo es, toda discusion, de protestante á católico seria supérflua.

—¿Cómo, si soy cristiano? ¡caballero! ¡dudar de ello es injuriarme!

—¿Cree usted, pues, que el Cristo es Dios?

—¡Oh! la idea de Dios es tan incomprensible, que es muy difícil precisarla bastante para contestar á esa pregunta.

—Es verdad, caballero; sin embargo, creo que puedo proponer á usted una definicion de Dios, de tal naturaleza que disipe sus escrúpulos:—Dios es el *Ser Supremo*; es decir, superior al cual no hay otro alguno.—Y ahora, permítame usted que vuelva á preguntarle; ¿cree usted que el Cristo sea Dios, llamado de otra suerte, el Ser Supremo?

—Pero, caballero, el mismo Cristo ha dicho: *Mi Padre es mayor que yo.*

—Esto es una cuestion de texto en que es inútil empeñarnos, desde el momento que saca usted la consecuencia de que Jesucristo no es Dios, y que confiesa usted por ello no ser *Cristiano*, única cosa que queria saber de usted.

El escéptico no pudo menos de darme la razon dando con ello, tambien la razon á la Iglesia que en el dogma de la Trinidad es la única que conserva la *obra propia del Evangelio, la substancia del Nuevo Testamento, el fondo de todo el Cristianismo.*

Todo el Cristianismo, en efecto, se halla penetrado del misterio de la Trinidad; es este misterio mismo operando por la salvacion del mundo. Así, todo en el mundo cristiano se ha hecho en *el Nombre de la Santísima Trinidad*. En este sa-

grado nombre es en el que todas las Naciones, conforme á la mision dada á los Apóstoles por Jesucristo, han sido bautizadas, y en el que cada alma de cristiano se ve todavía libre del imperio del mal bajo el que nacemos todos: en este Nombre derrocaban la idolatría los primeros cristianos, y vencian toda clase de tormentos; en este Nombre fué domada la barbarie; en este Nombre los legisladores de ese derecho que se ha llamado la *razon escrita*, levantaban su monumento; en este Nombre, han sido inaugurados todos los tratados políticos, todas las cartas de libertad, y cada particular otorgaba todos los contratos de su vida y el testamento de su muerte. Todo se hallaba marcado con este sello sublime: los actos solemnes de la vida, el descanso de la tumba, las esperanzas de la inmortalidad.

Todo en la economía de nuestra fé, la Creacion, la Encarnacion, la Redencion, la Mision del Espíritu Santo, la Virtud de los Sacramentos, el Culto, háse hecho en cierto modo con este Misterio, todo lo profesa, lo proclama y lo glorifica, y en el á Dios, no solamente en su existencia y en su relacion natural con el mundo que puede abordar la razon; sino en su vida íntima y en las relaciones *personales* con que ejerce su actividad en sí mismo y de donde proceden todas las relaciones sobrenaturales que ha contraido con su criatura; santuario de gloria, donde el espíritu humano, en su mas atrevido impulso, no hubiera podido penetrar, y fuera del cual no puede sin embargo apreciar la soberanía de Dios y su independencia.

Al Cristianismo solo pues, á la Iglesia Católica incumbe hacer oir el Himno triunfal cuyas estrofas inflamadas parecen descender del trono mismo de Dios, en alas de su Espíritu, para volver á subir á él por medio de las aclamaciones del alma humana:

Te Deum laudamus: Te Dominum confitemur;
Te æternum Patrem omnis terra veneratur;

Tibi cherubim et seraphim incessabili voce proclamant;
Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus Sabaoth.
Pleni sunt cœli et terra Magestatis Gloriæ tuæ.
Patrem immensæ Magestatis;
Venerandum tuum verum et unicum Filium,
Sanctum quoque Paracletum Spiritum.

Y toda la continuacion de este Himno tronador, la mas elevada espansion religiosa del género humano.

Dicho esto, sabemos ya lo que es la Persona de Jesucristo y lo que quieren decir estas palabras: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios:»

Es el esplendor de la gloria de Dios y la figura de su substancia (1); *el vapor de la virtud de Dios; la espresion pura y sincera de la claridad del Omnipotente; el resplandor de la Luz eterna; el espejo sin mancilla de la Magestad de Dios; una imágen de su Bondad* (2); *la sabiduría nacida antes que toda criatura, emanada de la boca del Altísimo, como un acueducto salido del Paraiso* (3). La relacion de todas estas imágenes sirve para representárnosle. Es á Dios, lo que el esplendor es á la luz que la vibra incesantemente de su foco; lo que la figura es á la substancia que la llena; lo que el vapor es á la masa del Océano de donde se levanta; lo que es el espejo á la Magestad que en él se reproduce y donde se comtempla en fin, lo que la acequia ó canal de un rio, que aunque sale siempre de su cauce y se distingue de él, es la misma agua la que se derrama.

Pero es propiamente bajo la relacion de Hijo á Padre, como debe concebírsele; así como El mismo no cesa de mostrarse en su Evangelio. Aquí no es ya una imágen, es la exacta verdad en su precision y como en su tipo.

(1) A los Hebreos, I, 3.
(2) *La Sabiduría*, VII, 26.
(3) *Eccli.* XXIV.

«¿Quien esplicará su generacion?» dice Isaias (1). Es enesplicable. No es esto decir, nótese bien, que comprendamos cualquier otra generacion; la de las plantas, la de los animales, nuestra propia generacion, generacion del cuerpo ó generacion del pensamiento. Toda generacion es un misterio. Solamente, la costumbre de ver las generaciones mortales nos hace ilusion sobre nuestra ignorancia relativamente á su secreto. No hay duda que la generacion divina debe ser mas incomprensible, pero ¿qué importa lo mas cuando no se comprende lo menos? La razon admite esto y aun lo exige. No exige menos la razon que haya en Dios una generacion, una Paternidad verdadera, la mas rica y la mas activa de las paternidades, infinita como Él.

Quien dice vida, en efecto, dice fecundidad, necesidad y potestad de reproducirse. Es una plenitud y un impulso, no para agotarse y para perderse, sino para brotar y duplicarse. Hé aquí la vida. No hay vida, sin paternidad. Pues bien, siendo Dios la vida misma, por quien todo tiene vida, debe ser Paternidad por escelencia; y San Pablo no hace mas que traducir una verdad lógica cuando dice: *Yo doblo mi rodillas ante el Padre el cual es toda Paternidad en el cielo y en la tierra* (2). A decir verdad, no hay otra paternidad que esta. Un acto de esta patente Paternidad fue el que fecundizó la nada é hizo brotar el Universo. En la reproduccion de los séres que creó por primera vez, Dios no es menos Padre; porque él es quien puso en ellos esa virtud de reproduccion. Hubiera podido crear cada individuo sucesivamente, como creó los primeros. Mas en vez de esto, creó en ellos la especie y su Paternidad procrea al través de la de sus criaturas. El es pues quien hace la paternidad de los padres y la maternidad de las madres. Su fecundidad la que obra en la genera-

(1) Isaías LIII, 8.
(2) A los Efesios, III, 15.

cion de los séres y quien infunde su virtud en las entrañas, el sentimiento en el corazon, el atractivo en los órganos, el instinto en las costumbres, y las propiedades diversas en la constitucion de los hombres, de los animales, de las plantas, de todo cuanto vive y revive en el mundo. Esto es lo que espresaba de una manera conmovedora y sublime la incomparable madre de los Macabeos, cuando con un valor varonil en un corazon de mujer, despojando su fecundidad para volvérsela á Dios y trasladar y dirigir hácia él la confianza, y el amor de sus hijos, á quienes animaba al martirio, les decia: «No sé como »fuisteis formados en mi seno, porque ni yo os dí el alma, el »espíritu y la vida, ni fui tampoco la que coordiné los miem»bros de cada uno de vosotros, sino el Criador del Universo, »que es el que formó al hombre en su orígen y el que dió »principio á todas las cosas, y él mismo os volverá por su mi»sericordia el espíritu y la vida, puesto que ahora por amor á »sus leyes, no haceis aprecio de vosotros mismos (1)»

Pero no es esta toda la paternidad de Dios, ó mas bien, no es mas que la sombra de su Paternidad verdadera. No es, en efecto, mas que una paternidad *creadora*, que es paternidad en cuanto da la vida, pero que no lo es en cuanto que Dios no la da con su propia sustancia, y que él no se reproduce en ella. Esta paternidad es evidentemente mas perfecta que aquella. ¿Las criaturas á quienes la ha dado, habrian, pues, recibido de él mas de lo que él mismo tendria, á estar desprovisto de ella, y *toda* paternidad no descenderia del Padre sino para elevarse contra su propia infecundidad? ¿Dios, que hace ser padre, no lo habia de ser? «Acaso yo, que doy la fecundidad á los otros, dice el Señor por su Profeta, no daré á luz yo mismo. ¿Yo que doy á los otros sucesion, seré acaso estéril (2)?» ¡Que así no sea! Dios es padre con otra paternidad

(1) Macabeos, lib. II, cap. VII, v. 21 y 23.
(2) Isaías, LXVI, 8.

propia suya, con una *Paternidad generadora*. Por su paternidad *creadora* crea la vida esterna en el universo; por su paternidad *generadora* engendra la vida con su propia sustancia en un sér que es su reproduccion incesante, otro El mismo, su Verbo, su verdadero Hijo consustancial á El, no hecho, sino engendrado, y por quien él ha hecho y conserva todas las cosas: *Genitum non factum, consubtantialem Patri, per quem omnia facta sunt* (1). Así estas dos paternidades, generadora y creadora, se encadenan de una manera maravillosa. Por su paternidad generadora, Dios es eternamente Padre de un Verbo que brota incesantemente como la radiacion y el esplendor de su sustancia; y por este Verbo, creando la vida en el universo se da una paternidad creadora que es como la repercusion de su paternidad generadora.

Finalmente, digamos ya para acabar el círculo del plan divino, que hay una tercera paternidad de Dios que participa de la paternidad creadora y de la paternidad generadora; y es la paternidad *adoptiva*, por la cual llegamos á ser nosotros mismos hijos de Dios en Jesucristo. En el órden de la Creacion, somos hijos de Dios en cuanto que nos ha dado la vida como á todos los demás séres, y que nos la ha dado á su imágen y semejanza, por un privilegio particular. Pero no somos hijos de Dios como engendrados de Dios, participantes de su vida divina, y asociados á su felicidad y herederos de su Reino, gozando de todos los derechos de esta filiacion divina. En este sentido, Dios no tiene mas que un Hijo únicamente engendrado, *Unigenitus*, el Verbo increado. Pues bien, así como por este Verbo *increado*, hemos sido creados á la vida de todas las criaturas, por este mismo Verbo *encarnado*, Jesucristo, nos vemos elevados de la condicion de criatura á la dignidad de hijos de Dios, como lo es él mismo; somos como

(1) Símbolo de los Apóstoles.

engendrados á la vida de Dios, *Quasimodo geniti infantes* (1); no por naturaleza sino por gracia de *adopcion*, y, ¡prodigio de esta gracia! idénticamente en cuanto á los efectos, como toda filiacion adoptiva, de tal suerte, que de *Unigenitus* que él es en sí mismo, el Hijo de Dios, llega á ser *Primogenitus in multis fratribus* (2), por relacion á nosotros, hermanos suyos, coherederos suyos, no formando mas que uno con El, y por El uno, como El, con su padre, dioses nosotros mismos en un sentido. «*Ego dixi*: *Dii estis* (3).»

Tales son las tres paternidades de Dios y su disposicion; generadora, creadora y adoptiva. Esta se enlaza con las otras dos, y termina el designio. Ella eleva la repercusion de la Paternidad de Dios en la creacion á la altura de su manantial, haciéndola, por decirlo así, volver á entrar en él por esta gracia de Jesucristo, que *viene á ser en el que la recibe un manantial de agua que manará sin cesar hasta la vida eterna* (4).

Tal es en su distincion y en sus relaciones, la Paternidad divina y el Génesis eterno del Verbo que es su irradiacion. Allí está el Cristo verdaderamente Hijo de Dios, saliendo del seno del Padre de toda eternidad y nacido hombre en el tiempo, del seno de una Vírgen. Esto es lo que es en orígen y en persona. Anuncióse él mismo con este carácter original, mucho antes por medio de sus Profetas: «De tí, oh Belen, decia »el profeta Miqueas, saldrá el que ha de ser dominador... el »cual fué engendrado desde el principio de los dias de la eter»nidad (5).» *Los manantiales*, espresion que nos indica que Aquel de quien se habla, fluye y fluirá siempre de las profun-

(1) *Introito* del segundo domingo despues de Pascuas.
(2) *A los Romanos*, VIII, 29.
(3) Salmo LXXXI, 6.
(4) San Juan, IV, 14.
(5) Miqueas, V, 2.

didades del Padre, que esplaya en él su divinidad. Lo mismo debe entenderse respecto de esta otra espresion *los dias*; de esta suerte parece múltiple lo que no admite principio ni fin. Por boca de otro Profeta, dice Dios á su Cristo: «Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado *Hoy* (1),» es decir, en el dia eterno y antes del tiempo. Lo cual se confirma con estas otras palabras del mismo Profeta: «Te he engendrado de mi seno antes de la estrella del dia (2).»

En resúmen, en el lenguaje universal, quien dice Dios dice Padre, padre de la naturaleza, padre de los humanos. De esta paternidad esterior de Dios, y cuyas obras esencialmente finitas no pueden, por sí mismas, sostener relacion ninguna con el Infinito, se induce racionalmente una Paternidad superior, interior de Dios, propia de Dios, verdadera, perfecta, eterna é infinita como El. Dios es necesariamente Padre en cuanto Dios, es el manantial de toda Paternidad. La nada ha sido fecundizada por su poder, la naturaleza ha sido fecundizada por su gracia. Pues bien, la fecundacion supone la fecundidad. Dios es, pues, fecundo por Sí mismo, y en Sí mismo. Es fecundo á su manera, divinamente. Es generador, es Padre.

Es Padre, decia la antigua filosofía, sin poder desprender el carácter de esta paternidad, y sostener su nocion, mas altamente de lo finito. Es Padre, nos dice la fe con precision y definicion exacta; engendra eternamente con su substancia un Hijo que no puede no ser lo que es El mismo, puesto que le produce en Si con una produccion substancial, total, es decir, infinita y eterna como El: El mismo, radiándose. Este Hijo, por naturaleza divina, es, pues, Dios: *Dios de Dios*, *Luz de Luz*.—Este es JESUCRISTO.

(1) Salmo II, 7.
(2) Salmo CIX, 3.

Y de esta suerte volvamos á la simple fórmula de nuestra fe, al breve catecismo, al *Credo*, que por una maravillosa propiedad de su doctrina, á la vez infinita y definida, al mismo tiempo que suministra á la ciencia fiel con qué agotar todo discurso, sin que pueda estraviarse, disminuye su volúmen hasta que pueda entrar enteramente en el entendimiento de un niño; á la manera que el sol inunda la naturaleza con su luz, y la reproduce al ojo del insecto arador.

¡Y ahora, razon humana, basta ya! A medida que vamos desenvolviendo los demás títulos de Jesucristo, tú los verás iluminarse unos y otros mas y mas, lo suficiente siempre para convencerte, jamás para dispensarte, al principio como al fin, de un acto de fe. Pero, despues de haber recibido todo cuanto puedes, en cada uno segun su medida, ¿de qué puedes quejarte? Si te interrogas bien, te contestarás á tí misma que es la marca de lo infinito el superarte despues de haberte llenado, y que hay un punto en que tu mas digno ejercicio es velarte la faz y adorarle.